

EL REGRESO DE UN CLÁSICO

Sobre la reedición de *Ciudades Precolombinas*

Roberto Fernández

La medida del tiempo –y la capacidad de resistencia a la obsolescencia del pensamiento– es, desde siempre, una forma de calificar la excelencia de un trabajo intelectual, y así supo referirse como *clásico* a aquello que aunara vigencia o perduración con utilidad o calidad contemporáneas: el libro que Hardoy escribiera y publicara hacia 1962 y que ahora reaparece, remozado y espléndidamente editado por Infinito –como había ocurrido en aquella oportunidad– es un adecuado ejemplo de dicha cualidad clásica. Irrumpido hace cuatro décadas, en un escenario que apenas, por fuera de la arqueología, concitaba el interés de los estudios artístico-culturales o urbano-arquitectónicos, vuelve a escena ahora, en medio de muchos trabajos ulteriores, con su dignidad de primera sistematización de un mundo entonces bastante poco conocido y, sobre todo, con la fuerza de sus postulados teórico-metodológicos –como el decálogo de características con que Hardoy

sintetiza la identidad diferencial de la experiencia urbana precolombina– que siguen siendo vías para el re-conocimiento arquitectónico y urbanístico de este mundo, al cuál –como suele olvidarse– pertenecemos. En su momento, su novedad para el mundo hispano-latino al que explícitamente se dirigía –aunque rápidamente se tradujo al inglés–, estribaba en el lenguaje llano y conciso, tanto como carente del engolamiento típico de los jóvenes eruditos: la saludable influencia de la entonces reciente impronta de su posgrado en Harvard le daba al libro de Hardoy esa dosis de empirismo, útil para presentar, casi como al descuido, tesis fundamentales. Como el reiterado interés del libro y sus investigaciones previas, en establecer datos significativos de esa realidad que apenas se intuía entre selvas y montañas: todavía hoy resulta evidente el abordaje científico con que el autor expone sus cálculos de población o los datos métricos de territorios, ciudades y edificios, incluso anticipán-

99

dose bastante al luego común análisis de sustentabilidad, carga o huella ecológica de un paraje respecto de la población y actividades a sostener.

La presente edición, al cuidado de su viuda y compañera de numerosas actividades intelectuales, Ana Hardoy, y de uno de sus jóvenes y últimos discípulos, Horacio Caride, parece incluir, se nos dice, muchos de los apuntes que Hardoy, fallecido en plena actividad en 1993, venía recogiendo para una reedición de su libro, consciente de su perdurabilidad tanto como de la posibilidad de pulimentos y pequeños ajustes —como el acoger nueva bibliografía (cerca de nuevas 100 entradas) o el poder y reescribir algunos tramos— del que su autor, un riguroso perfeccionista respecto del trabajo de los numerosos círculos que activaba como de su propia tarea, siempre hacia gala y método. La extensa nueva introducción, fechada por Hardoy en 1992, da cuenta del balance del libro original y de los ajustes que 30 años de intensas prácticas y no pocos trabajos de campo le sugerían a su autor. El resultado es aquella perdurable clasicidad que establece la irremplazabilidad de estos textos fundantes en la poco espesa tradición ideográfica latinoamericana, de la cuál, otro hito de semejante envergadura y diferente referencia temática es el libro de Jose L. Romero, *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*.

Hay tres condiciones esenciales que caracterizan este trabajo y en las cuales, se me ocurre, quedan incluidos los términos de su fecunda pertinencia. La primera es una mirada comprehensiva —ahora más generalizada pero significativamente inédita al filo de los 60—

acerca de la imbricación de historia, sociedad y territorio, según la cual, el desenvolvimiento de los complejos procesos socio-históricos y sus características culturales (básicamente alrededor de dos escenarios duales y recurrentes del ambiente latinoamericano: las selvas yucatecas y el mundo andino, con sus múltiples ramificaciones) define términos para las formas de apropiación del territorio, de su puesta en habitabilidad y producción y del despliegue de sus diferentes artefactos materiales, desde los utensilios agrícolas o los armamentos, hasta las infraestructuras, las ciudades y los edificios. Esa mirada, que recupera la tradición más integrativa de la antropología cultural, se matiza, además, con su articulación con el entendimiento de las actuales ligazones de sociedad y espacio, por lo que su reconstrucción histórica no tiene sólo tal valor específico, sino la posibilidad de definir huellas o rasgos que llegan a nuestros días y a nuestras condiciones socio-culturales actuales: por ejemplo, el entender las causas y orígenes de las crisis de sustentabilidad presente (un tema al que Hardoy se dedicó en su última etapa de investigaciones) sólo puede arraigarse en la reconstrucción de los orígenes que este libro despliega.

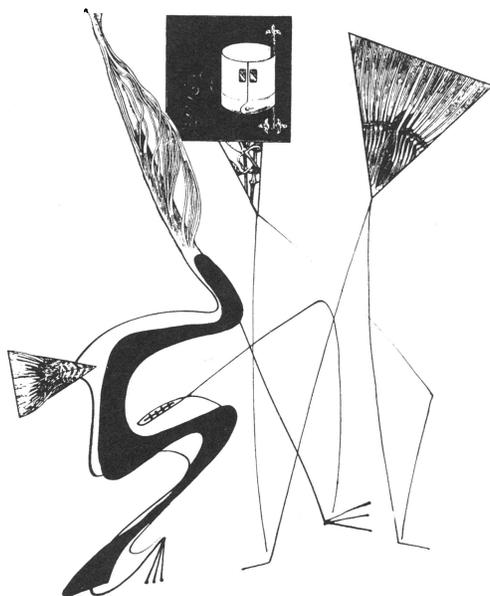
La segunda condición descollante es la sistematización de la enormemente dispersa producción de la tradición arqueológica clásica, con muchos trabajos detallados y puntuales, pero con la apariencia de un exasperante archipiélago de aspectos supuestamente aislados. Hardoy lo que logra, es un equilibrado manual introductorio capaz de aportar un cuadro sistemático de aquella proliferación de episodios

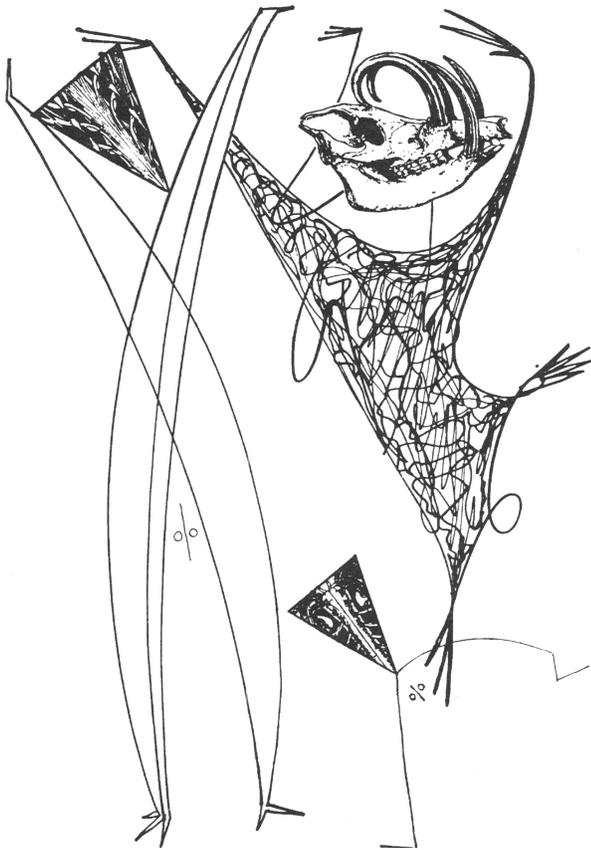
aislados en el tiempo y en el espacio, con lo que alcanza la premisa de presentar el tema a los jóvenes de esta parte del mundo —como lo indica en su nueva introducción— tanto como la de albergar posturas o hipótesis que pueden interesar, entrelíneas, a los expertos.

La tercera y última condición que emerge del trabajo liminar de Hardoy es de talante más bien ideológico, pero no por ello, desprovista de su fundamentación científica: se trata de la contrarrestación de una muy frecuente tradición intelectual americana, según la cual toda nuestra especificidad histórica es leída como una replicación, a menudo imperfecta, de circunstancias exógenas, tradición en la que recaen autores como Sarmiento o Bello —bajo la influencia del paternalismo humboldtiano— y que llega a diferentes trabajos, como los de

O’Gorman, Paz, Fuentes, Palm, Wethey, Gasparini, etc. No es que Hardoy busque terciar en el reclamo de originalidad temporal americana —ya que explicita la precedencia de otras numerosas culturas urbanas— pero sí emerge una intención de plantear lo específico de este desarrollo cultural, lo implícito en los complejos procesos de antropización histórica de paisajes inhóspitos y lo novedoso del despliegue de una cultura material o artefactual que, desde las trazas urbanas o las marcas territoriales hasta los textiles y cerámicos o las relaciones entre edificación y ornamentación, termina por brindar la descripción de un sistema cultural cuyo conocimiento es de *interés* para el resto del mundo y de *necesidad* para los americanos.

■ JORGE E. HARDOY, *Ciudades Precolombinas*, Ediciones Infinito, Buenos Aires, 1999, 498 pp. ■





Max Ernst.